

LECTIO DIVINA

QUINTO DOMINGO DE PASCUA

(18 de mayo 2025)

Oremos por nuestro Papa León XIV

León Catorce

El Señor le conserve, le dé vida, lo haga feliz en la tierra y no lo entregue en manos de sus enemigos

Hech 14,21-27

Sal 144

Apoc 21, 1-5a

Juan 13,31-33a. 34-35

En el quinto Domingo de Pascua, la liturgia nos recuerda que la comunidad nacida de Jesús tiene como tarea fundamental, en el mundo y en la historia, ser signo vivo del amor de Dios a todos sus hijos. Ésta fue la tarea que Jesús, al despedirse, dejó a sus discípulos.

El Evangelio nos lleva a la habitación donde Jesús, poco antes de ser arrestado y condenado a muerte, celebró una cena de despedida con sus discípulos. Nos invita a escuchar y tomar nota del testamento de Jesús: «*Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros.*» Este “mandamiento” resume toda la vida, todas las enseñanzas, todas las palabras y gestos, todas las propuestas de Jesús.

La primera lectura nos habla de algunas comunidades cristianas en Asia Menor que nacieron del trabajo misionero de Pablo y Bernabé. Son comunidades que han acogido la Buena Noticia de Jesús y han aceptado el desafío de vivir y testimoniar el “mandamiento nuevo”. Como comunidades fraternas, animadas por el dinamismo del Reino, son sal que da sabor y luz que ilumina el mundo.

La segunda lectura nos presenta la meta final hacia la que nos dirigimos: el cielo nuevo y la tierra nueva, «morada de Dios con los hombres», la casa definitiva de quienes han sido llamados a vivir en el amor, la nueva ciudad donde los hijos amados de Dios encontrarán vida en abundancia.

Hechos 14,21-27

En aquellos días, volvieron Pablo y Bernabé a Lístra, Iconio y Antioquía, y ahí animaban a los discípulos y los exhortaban a perseverar en la fe, diciéndoles que hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios. En cada comunidad designaban presbíteros, y con oraciones y ayunos los encomendaban al Señor, en quien habían creído.

Atravesaron luego Pisidia y llegaron a Panfilia; predicaron en Perge y llegaron a Atalía. De ahí se embarcaron para Antioquía, de donde habían salido, con la gracia de Dios, para la misión que acababan de cumplir.

Al llegar, reunieron a la comunidad y les contaron lo que había hecho Dios por medio de ellos y cómo les había abierto a los paganos las puertas de la fe.

AMBIENTE

A partir de 13,1, el libro de los Hechos de los Apóstoles describe la gran aventura misionera que llevó el Evangelio a ser proclamado en el mundo grecorromano, hasta llegar a Roma, el corazón del Imperio romano. Los primeros grandes agentes de la misión fueron Pablo y Bernabé. Lucas cree que cuando la comunidad cristiana de Antioquía de Siria decidió enviar a Pablo y Bernabé en una misión, lo hicieron en respuesta a una indicación del Espíritu Santo (cf. Hch 13,2). La Iglesia, guiada por el Espíritu, está llamada a dar testimonio de Jesús y del Evangelio en el mundo.

Pablo y Bernabé emprendieron su primer gran viaje misionero alrededor del año 46. Después de dejar Antioquía de Siria, se dirigieron en barco a la isla de Chipre, a la ciudad de Pafos. Juan Marcos los acompañó. Desde Pafos, los misioneros continuaron, también en barco, hasta la costa de Asia (actual

Turquía), donde Juan Marcos los abandonó. De allí fueron a Antioquía de Pisidia, y luego a Iconio, Listra y Derbe. El esquema era siempre el mismo: al llegar a una determinada ciudad, Pablo y Bernabé iban a la sinagoga y hablaban de Jesús a la comunidad judía. A menudo eran mal recibidos y tenían que abandonar la ciudad a toda prisa. En Antioquía de Pisidia se produjo un hecho relevante: ante las objeciones de los judíos, Pablo y Bernabé decidieron presentar la propuesta de Jesús a los paganos: éstos parecían más abiertos a acoger el Evangelio (cf. Hch 13,44-52).

El texto que la liturgia de este domingo nos propone como primera lectura nos habla de los últimos pasos de Pablo y Bernabé antes de regresar a Antioquía de Siria, de donde habían partido. Este primer viaje misionero de Pablo duró unos tres años.

MENSAJE

Pablo y Bernabé, enviados por la comunidad de Antioquía, anunciaron el Evangelio en varias ciudades de Asia Menor: Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. La propuesta que ellos, en nombre de Jesús, presentaron fue aceptada y, como resultado, nacieron varias comunidades cristianas. Eran comunidades jóvenes, insuficientemente preparadas y dispersas en medio de un mundo que vivía según criterios y referencias muy diferentes a la propuesta cristiana. ¿Serían capaces de perseverar en la fe en circunstancias desfavorables?

Antes de regresar a Antioquía de Siria, Pablo y Bernabé, llenos de solicitud pastoral, quisieron visitar de nuevo las Iglesias jóvenes y nacientes, para consolidarlas en su adhesión a Jesús. Lucas dice que los dos misioneros los “*animaban a los discípulos y los exhortaban a perseverar en la fe*” (v. 22a). No basta tomar la decisión de adherirse a Jesús en un momento dado; esta decisión debe renovarse a cada paso y mantenerse a pesar de las desilusiones y vicisitudes que sacuden el mundo y la vida de los discípulos. Por eso, Pablo y Bernabé insistieron en que era necesario mantener el entusiasmo y la decisión inicial, a pesar de las “muchas tribulaciones” (v. 22b) que aparecen en el camino.

Pablo y Bernabé también quisieron ocuparse de la estructuración de las comunidades. En este sentido, “*En cada comunidad designaban presbíteros*” (v. 23). Esta es la primera vez que se menciona a estos “*ancianos*” en comunidades cristianas fuera de Jerusalén. Probablemente corresponden a los “*consejos de ancianos*” que estaban a la cabeza de las comunidades judías tradicionales. Los “*Hechos*” no explican las funciones exactas de estos líderes de la iglesia; pero el discurso de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso parece sugerir que ellos tenían la tarea de administrar, velar y defender la comunidad de los peligros internos y externos (cf. Hch 20,28-31). Vale la pena señalar que este ministerio no era un valor absoluto, sino algo que sólo se entendía y tenía sentido en función de una comunidad específica: no eran elegidos de manera abstracta para un servicio general, sino para el servicio de esa comunidad, específicamente.

Al final de este texto, Lucas cuenta cómo Pablo y Bernabé, llegados a Antioquía de Siria, presentaron un “informe” de la misión a la comunidad que los había enviado. La idea de que la misión no fue una obra puramente humana, sino obra de Dios, está muy presente entre líneas. Al inicio de la aventura misionera ya se había sugerido que el envío de Pablo y Bernabé no fue sólo una iniciativa de la Iglesia de Antioquía, sino una acción del Espíritu (cf. Hch 13, 2-3); fue este mismo Espíritu el que acompañó y guió a los misioneros en cada paso de su camino. Y aquí se repite que el actor auténtico de la conversión de los paganos al Evangelio es Dios y no los hombres (cf. V. 27).

ACTUALIZACION

* Observemos, ante todo, el modo en que la comunidad cristiana de Antioquía de Siria primero, y Pablo y Bernabé después, sienten y acogen el desafío misionero. Habían conocido a Jesús y habían experimentado cómo Jesús les había abierto nuevos horizontes. Apasionados por Jesús y su proyecto, sintieron la necesidad de llevarlo a todos los hombres y mujeres, para que todos pudieran tener una experiencia liberadora similar a la que ellos habían vivido. *¡Ay de mí si no evangelizo!* (1Cor 9,16) – dijo Pablo. Si no tenemos ganas de hablar de lo que nos apasiona es porque no estamos enamorados; si no sentimos la necesidad de hablar a nuestros hermanos del proyecto de Jesús es porque no estamos apegados a él; si no anunciamos a Jesús resucitado, con nuestras palabras y con nuestra vida, es porque Jesús no tiene un lugar

decisivo en el camino que recorremos. Nuestro mundo necesita escuchar la Buena Nueva de Jesús. No sólo en países donde el Evangelio aún no ha llegado, sino también en países donde el Evangelio ha sido olvidado. ¿Existe este celo misionero en nuestras comunidades cristianas? ¿Nos sentimos enviados por Jesús dondequiera que la vida nos lleve? ¿Somos testigos entusiastas de Jesús, difundiendo por todas partes el contagio del Evangelio?

*Pablo y Bernabé eran conscientes de que la decisión por Jesús debía ser renovada y nutrida a cada paso. Por eso, al final de su primer viaje misionero, decidieron volver a visitar a las jóvenes comunidades cristianas que habían nacido en los lugares donde habían predicado y animarlas en su adhesión a Jesús. Esto nos recuerda la necesidad de renovar nuestra adhesión a Jesús a cada paso. No basta haber sido bautizado un día; no basta haber hecho la primera comunión o la confirmación; no basta con haber celebrado nuestro matrimonio en la iglesia; ni siquiera basta con “de vez en cuando”, a regañadientes, reunirnos con nuestra comunidad cristiana para celebrar la Eucaristía. La fe se renueva y se alimenta caminando cada día detrás de Jesús, escuchando continuamente sus palabras, aprendiendo en cada momento de sus gestos, abrazando en cada momento su estilo de vida, sus valores, sus propuestas. ¿Cómo vivimos nuestro compromiso cristiano? ¿Es un compromiso que renovamos cada día? ¿La alimentamos a cada paso a través de la escucha de Jesús y del diálogo constante con Jesús?

*En este texto, Lucas sugiere que el anuncio del Evangelio no es obra de la comunidad de Antioquía de Siria, de Pablo o de Bernabé, sino que es obra de Dios. Es Dios quien actúa a través de una comunidad o de determinadas personas para ofrecer al mundo y a la humanidad su plan de salvación. Pablo y Bernabé son personas que recibieron una misión de Dios; pero la misión no es de ellos. Aquellos que Dios envía a anunciar la Buena Nueva no tienen “carta blanca” para proponer al mundo sus propias ideas, una determinada ideología, una visión personal del mundo y de la vida; son simplemente testigos de Jesús y del proyecto de Jesús. ¿Estamos convencidos de que la misión es obra de Dios y que detrás de nuestro trabajo y nuestro testimonio está Dios? ¿Proclamamos a Cristo liberador o nos proclamamos a nosotros mismos?

*En su labor misionera, Pablo y Bernabé nunca escatimaron esfuerzos. Lo dieron todo, trabajaron día y noche, afrontaron todos los peligros y dificultades, para que Jesús pudiera llegar al corazón de la gente. Estaban impulsados por su pasión por el Evangelio, pero también por su preocupación por los hombres y mujeres que esperaban la salvación de Dios. ¿Así actúan hoy aquellos a quienes Dios ha confiado el cuidado pastoral de nuestras comunidades cristianas? ¿Quienes buscan a Jesús encuentran una acogida solidaria y fraterna en los líderes de nuestras comunidades cristianas?

SALMO 99

R. Bendeciré al Señor eternamente. Aleluya.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento para enojarse y generoso para perdonar.
Bueno es el Señor para con todos

y su amor se extiende a todas sus criaturas. R.

R. Bendeciré al Señor eternamente. Aleluya.

Que te alaben, Señor, todas tus obras
y que todos tus fieles te bendigan.

Que proclamen la gloria de tu reino
Y den a conocer tus maravillas. R.

R. Bendeciré al Señor eternamente. Aleluya.

Que muestren a los hombres tus proezas,
el esplendor y la gloria de tu reino.

Tu reino, Señor, es para siempre,
y tu imperio, por todas las generaciones. R.

R. Bendeciré al Señor eternamente. Aleluya.

Apocalipsis 21,1-5

Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar ya no existía.

También vi que descendía del cielo, desde donde está Dios, la ciudad santa, la nueva Jerusalén, engalanada como una novia, que va a desposarse con su prometido. Oí una gran voz, que venía del cielo, que decía:

*“Ésta es la morada de Dios con los hombres;
vivirá con ellos como su Dios
y ellos serán su pueblo.*

*Dios les enjugará todas sus lágrimas
y ya no habrá muerte ni duelo,
ni penas ni llantos,
porque ya todo lo antiguo terminó”.*

Entonces el que estaba sentado en el trono, dijo: “Ahora yo voy a hacer nuevas todas las cosas”.

Palabra de Dios.

AMBIENTE

El “cuerpo” central del libro del Apocalipsis (cf. Ap 4,1-22,5) presenta una reflexión sobre el sentido de la historia humana. En ella, un “profeta” cristiano llamado Juan, exiliado en la isla de Patmos durante la persecución llevada a cabo por el emperador Domiciano, interpreta la historia de la humanidad a la luz del plan de Dios. Utilizando el lenguaje siempre expresivo de los símbolos, Juan describe la lucha entre el Bien y el Mal, las fuerzas de Dios y las fuerzas que se oponen al plan de Dios. Al fin y al cabo, éstas son las vicisitudes y las dificultades que conocemos bien, los problemas y los retrocesos que el pueblo de Dios afronta cada día a lo largo de su camino histórico. Juan está absolutamente seguro de que el mal no prevalecerá; la victoria final será para Dios y sus “santos”. Los imperios humanos desaparecerán, los dictadores arrogantes quedarán en el camino, los grandes del mundo ya no determinarán el significado de la historia humana.

Al final del largo camino histórico de la humanidad, está Dios y su plan de salvación plenamente realizado. La humanidad no se encamina hacia un callejón sin salida y sin esperanza; camina hacia una nueva tierra y un nuevo cielo, donde habiten la justicia y la paz. Esta es la realidad que espera a todos los hijos de Dios que, a pesar de la persecución y los obstáculos, han permanecido fieles al Cordero (Jesús).

Este mundo nuevo, que es el fin último de la historia humana, se presenta simbólicamente en dos imágenes (cf. Ap 21,1-8 y 21,9-22,5). El texto que la liturgia de este quinto Domingo de Pascua nos presenta como segunda lectura nos trae la primera de estas imágenes. La imagen de un cielo nuevo y de una tierra nueva, utilizada aquí por Juan, no es del todo original: aparece ya en Isaías 65,17 y en 66,22. La misma idea aparece también en la literatura apocalíptica (cf. Enoc, 45,4-5; 91,16; 4 Esd 7,75) y en ciertos textos del Nuevo Testamento (cf. Mt 19,28; 2 Pe 3,13). Sin embargo, Joao lo presenta, en este cuadro, de una forma absolutamente brillante.

MENSAJE

El profeta-poeta contempla el nuevo cielo y la nueva tierra que Dios ha preparado para acoger a sus hijos y nos los describe. Se trata de una realidad fundamentalmente nueva, un mundo completamente distinto, donde ya no quedan rastros de aquel viejo mundo de violencia, sufrimiento, caos y muerte que los hombres han conocido a lo largo de su recorrido histórico. El mar, símbolo y residuo del caos primitivo y de los poderes hostiles a Dios, desaparecerá; La vieja tierra, escenario de la conducta pecaminosa del hombre, será transformada y recreada (v. 1). A partir de ese momento todo será nuevo, definitivo, terminado, perfecto.

Juan llama a esta nueva realidad, a este nuevo mundo nacido de la victoria de Dios sobre el mal, “Jerusalén que desciende del cielo”. Jerusalén es, en el universo religioso y cultural del pueblo bíblico, la ciudad santa por excelencia, el lugar donde Dios reside en medio de su Pueblo, el espacio donde irrumpirá y donde se manifestará definitivamente la salvación de Dios. Esta “nueva Jerusalén” que nos describe

Juan es, por tanto, el lugar de la salvación prometida desde el principio por Dios a sus hijos, el lugar del encuentro definitivo entre Dios y su Pueblo, el lugar donde Dios habita con los hombres.

La “nueva Jerusalén” se presenta, a los ojos de Juan y a los nuestros, “*hermosa como una novia ataviada para su marido*” (v. 2). En el lenguaje profético, el matrimonio es un símbolo privilegiado de la Alianza. Se cumple así el ideal de la Alianza (cf. Jr 31,33-38; Ez 37,27): Dios y su Pueblo consuman su historia de intimidad, de amor y de comunión. Dios residirá permanente y establemente entre su pueblo, como un esposo que se une a su amada y comparte con ella la vida y el amor (v. 3). La larga historia de la relación entre Dios y su Pueblo será una historia de amor con final feliz.

Esta “nueva Jerusalén” será el lugar de la felicidad ilimitada y definitiva. El dolor, las lágrimas, el sufrimiento y la muerte que acompañaron al hombre a lo largo de su recorrido histórico no tendrán cabida allí. Sólo habrá lugar para la alegría, la armonía y la felicidad sin fin (v. 4).

Dios, que es el principio y el fin de todas las cosas, preside este mundo completamente renovado (v. 5). De su poder creador nació una nueva creación: un nuevo mundo y una nueva humanidad. Él estará allí para siempre, sentado en su trono de gloria, dando el agua de la vida a todos sus amados hijos e hijas.

En el contexto de la teología del Apocalipsis, esta nueva ciudad, donde encuentra refugio el Pueblo victorioso de los “santos”, designa a la Iglesia, vista como comunidad escatológica, transformada y renovada por la acción salvífica y liberadora de Dios en la historia.

ACTUALIZACION

* ¿Hacia dónde se dirige la comunidad nacida de Jesús y que, a través de Jesús, afronta la incomprendión y la persecución del mundo? ¿Dónde está tu horizonte último, tu meta final? Juan, el autor del libro del Apocalipsis, nos deja una hermosa perspectiva del futuro que nos espera: después de terminar nuestro camino en esta tierra, estamos destinados a encontrarnos con Dios en una “ciudad” renovada, de donde serán definitivamente desterrados el sufrimiento, la debilidad, el luto, el lamento y la muerte. Dios residirá con nosotros. Seremos una humanidad recreada, conoceremos la vida en su plenitud. Los malvados, los violentos, los injustos, los opresores, aquellos que cada día derraman la sangre de tantas víctimas inocentes, no tendrán la última palabra sobre nuestro destino; nuestra peregrinación en la tierra no terminará en fracaso y sin sentido; aquellos que arruinan el mundo con su egoísmo no saldrán victoriosos. ¿Sabemos hacia dónde nos dirigimos y estamos convencidos de que, al final del camino, nos espera la verdadera vida? ¿Esta “revelación” fortalece nuestra esperanza y nos da la fuerza para superar los obstáculos que encontramos cada día?

*Hubo quienes acusaron a los discípulos de Jesús de vivir con la mirada puesta en el cielo, alejados de las realidades de la vida cotidiana y sin compromiso con la construcción de un mundo más justo. Es posible que en un caso u otro esta acusación esté justificada; pero, en realidad, ese no es el significado de la propuesta cristiana. Jesús luchó contra todas las estructuras del viejo mundo que generaban pecado y muerte; y quiso que sus discípulos, a lo largo del tiempo, vivieran comprometidos con la construcción del reino de Dios. “Seguir a Jesús” es luchar objetivamente contra todo lo que genera injusticia, violencia, mentira y sufrimiento; “Seguir a Jesús” significa luchar contra las estructuras del pecado que roban la dignidad y la vida de tantos hermanos nuestros. Aunque creemos en el “cielo nuevo” y la “tierra nueva” que nos esperan al final de nuestro camino, ¿nos comprometemos a construir, aquí y ahora, ese mundo más justo, más pacífico y más humano que Jesús nos pidió?

*La Iglesia, comunidad nacida de Jesús, está llamada a ser, en medio del mundo, anuncio de aquella comunidad escatológica, bella y sin mancha, de la que habla el autor del libro del Apocalipsis. ¿Es realmente así? Sabemos que la Iglesia que peregrina en la tierra es al mismo tiempo santa y pecadora; pero todos comprendemos, por otra parte, que las divisiones, los conflictos, las discusiones estériles, la vanidad, las ambiciones, la falta de misericordia, la indiferencia hacia los más débiles, son heridas que desfiguran el rostro de la Iglesia y le impiden dar testimonio del mundo nuevo que nos espera. ¿Qué hay que hacer para que nuestra comunidad cristiana pueda ser un testigo creíble para la comunidad de los “santos” que se reunirán en torno a Dios en el mundo venidero?

Juan 13,31-33a. 34-35

Cuando Judas salió del cenáculo, Jesús dijo: “Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo y pronto lo glorificará.

Hijitos, todavía estaré un poco con ustedes. Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros, como yo los he amado; y por este amor reconocerán todos que ustedes son mis discípulos”.

Palabra del Señor

AMBIENTE

El Evangelio del quinto domingo de Pascua nos sitúa en Jerusalén, en la noche de un jueves del mes de Nisán del año treinta, un día antes de la celebración de la Pascua judía. Jesús está en la mesa con sus discípulos, en una cena de despedida inolvidable.

La sombra de la cruz se cierne sobre Jesús y su grupo de discípulos. Esa noche, después de cenar, Jesús cruzará el valle de Cedrón, al este de la ciudad, y se dirigirá a Getsemaní (“prensa de aceite”), un huerto situado al pie del Monte de los Olivos, donde pasará unos momentos en oración. Allí será arrestado por los soldados del Templo. Durante esa noche comparecerá ante el Sanedrín, será juzgado y condenado a muerte. A la mañana siguiente, después de que la sentencia sea confirmada por el gobernador romano, será crucificado.

Mientras está sentado a la mesa con sus discípulos, Jesús es perfectamente consciente de lo que le espera en las próximas horas. No le preocupa lo que le sucederá: cuando aceptó el proyecto del Padre y comenzó a anunciar el Reino, sabía los riesgos que correría; pero Él se preocupa por aquellos discípulos que están con Él en la mesa ese jueves por la noche... ¿Qué será de ellos cuando les quiten a su Maestro? ¿Serán capaces de llevar a cabo el proyecto del Reino sin que Jesús les muestre el camino a cada paso? ¿Serán capaces de discernir, en medio de las crisis y tormentas que tendrán que afrontar, qué es importante y qué es secundario?

El ambiente dramático de esta cena se ve acentuado por la presencia de un discípulo traidor, que ha decidido entregar a su Maestro a las autoridades judías. Jesús lo sabe y, durante la cena, hace alusión a ello. En algún momento Judas, el discípulo traidor, abandona la habitación. Es de noche, tiempo de oscuridad y miedo. Jesús permanece un rato más en la mesa, conversando con los demás discípulos. El tiempo se acaba. Jesús aprovecha el poco tiempo que le queda para recordar a sus discípulos la esencia del mensaje que quería transmitirles mientras viajaba con ellos por Galilea y Judea. Todo lo que se dijo aquella noche, alrededor de la mesa, suena a “testamento final”. Los discípulos nunca olvidarán esto.

MENSAJE

Después de que Judas hizo su elección y salió a encontrarse con los líderes judíos que estaban conspirando la muerte de Jesús, todo quedó decidido. Ha llegado la “Hora” de Jesús, el momento de su pasión, muerte y glorificación. Consciente de ello, Jesús inicia una larga conversación con los demás discípulos, los que permanecieron con él en la mesa. Es un “testamento”, una “instrucción”, una “despedida” en la que se cruzan recuerdos, consejos, instrucciones prácticas, explicaciones y confidencias. El discurso de Jesús será interrumpido por ocasionales preguntas o peticiones de aclaración.

Al principio, Jesús habla de su muerte próxima. Paradójicamente, no lo considera un fracaso ni una derrota, sino el momento de la manifestación de su gloria y la gloria del Padre (“ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y le glorificará pronto” – v. 31-32). A lo largo de su vida entre los hombres, Jesús trabajó para manifestar la “gloria” del Padre (el término “*doxa*” utilizado aquí traduce el hebreo “*kabod*” que puede entenderse como “riqueza”, “esplendor”). En sus palabras, en sus gestos, en su amor, Jesús dio a conocer a los hombres, de manera muy tangible, el rostro, el corazón, el amor, toda la “riqueza” del Padre. Su muerte inminente será, sin embargo, el momento en el que la «gloria» del Padre se manifestará en toda su plenitud, porque todos los que contemplen la cruz podrán ver y comprender, en ese «Hijo del

hombre» que ofrece su vida hasta la última gota de sangre, la incommensurable grandeza del amor de Dios. Además, en esa cruz se manifestará también la “gloria” de Jesús: mediante su obediencia hasta la entrega total, Jesús mostrará de manera inequívoca su amor al Padre y a los hombres. El Padre, a su vez, glorificará a Jesús resucitándolo entre los muertos y convirtiéndolo en fuente de vida para el mundo y para la Iglesia. Es extraña la lógica de este Dios cuya “gloria” no se manifiesta en el triunfo espectacular sobre las fuerzas de la naturaleza o sobre los hombres que lo desafían, sino en el amor y en la donación de la vida hasta el extremo, hasta la última gota de sangre. La “gloria” de Dios es su amor, un amor que supera todo nuestro entendimiento y toda nuestra lógica.

La contemplación del amor de Dios y del amor mismo de Jesús debe tener consecuencias en la vida de los discípulos. Dirigiéndose a ellos con gran afecto (“hijos míos” – v. 33a), como un padre atento que, antes de dejar este mundo, transmite a sus hijos su sabiduría, aquello que es verdaderamente fundamental para vivir una vida con sentido, Jesús les pide que aprendan la lección del amor y que vivan en el amor: “*Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros; como yo los he amado, también ustedes deben amarse unos a otros*” (v. 34). El verbo “*agapaō*” (“amar”) usado aquí define, en Juan, el amor que se dona, el amor hasta el extremo, el amor que no se guarda nada para sí, sino que se dona completamente y absolutamente. Es en este amor y desde este amor que los discípulos deben vivir. El punto de referencia en el amor es Jesús mismo (“*como yo los he amado*”). Los discípulos habían visto cómo Jesús, recorriendo los caminos de Galilea y de Judea, se conmovía ante la suerte de los desventurados, curaba a los enfermos, se sentaba a la mesa con los pecadores, abrazaba a aquellos hombres y mujeres a quienes la vida maltrataba y la sociedad marginaba. Los discípulos habían experimentado por sí mismos cómo Jesús se interesaba por cada uno de ellos, los trataba como amigos queridos, comprendía sus culpas y sus límites y no los abandonaba aunque tardasen mucho en asimilar la lógica del Reino de Dios. Habían visto incluso, aquella noche de despedida, sentados alrededor de aquella mesa, cómo Jesús les lavaba los pies, en un gesto inaudito de amor y de servicio... De todo esto era fácil comprender lo que Jesús quería decirles con las palabras «*ámen los unos a los otros como yo los he amado*». “Amar como Jesús” es darlo todo, ponerse incondicionalmente al servicio de los demás, sin reivindicar el estatus de persona importante, haciéndose servidor de todos; “Amar como Jesús” significa respetar absolutamente la libertad de los demás (Jesús lo hizo precisamente con Judas, el amigo que salió de la habitación para traicionarlo), sin límites ni discriminaciones de ningún tipo. Los discípulos aún no saben esto; pero, dentro de unas horas, Jesús les mostrará, en la cruz, lo que significa amar hasta el extremo, hasta dar la última gota de sangre por los amigos. Así es como los discípulos deben vivir y amar. Éste es el “mandamiento” que Jesús, en ese momento decisivo, les deja.

El amor (como el de Jesús) que los discípulos se muestran entre sí brillará en el mundo y será visible para todos los hombres (v. 35). Esta será la insignia de la comunidad del Reino de Dios. Los discípulos de Jesús no son los custodios de una doctrina o de una ideología, ni los observadores de ciertas leyes canónicas, ni los fieles observadores de ciertos ritos; pero son sólo aquellos que “aman como Jesús”; son aquellos que por el amor que compartirán, serán un signo vivo del Dios que ama a todos sus hijos.

ACTUALIZACION

* En ese momento decisivo al despedirse de sus discípulos, el momento de la verdad absoluta, el momento en que puso todas sus cartas sobre la mesa, Jesús les dijo: «*Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros. En esto todos sabrán que son mis discípulos*». Éste es el corazón del testamento de Jesús, su único “mandamiento”, su propuesta más decisiva. Desde aquella cena de despedida han pasado más de dos mil años. A lo largo del tiempo, la comunidad de Jesús que camina por la historia ha acumulado un enorme tesoro de experiencias y vivencias, de teorías y doctrinas, de leyes y preceptos, de palabras decisivas y de palabras prescindibles, de valores eternos y de valores fechados, de cosas bellas con la marca de la eternidad y de cosas feas que tienen el óxido del tiempo. A todo ello se suma el polvo acumulado durante siglos, que a veces lo cubre todo y nos impide ver lo esencial. El Evangelio de este domingo nos invita a redescubrir la esencia de la propuesta de Jesús. ¿Qué está en el centro de nuestra experiencia cristiana? ¿Qué valor

tiene el mandamiento de Jesús sobre el amor en nuestro modo de vivir la fe? ¿Nuestra religión es la religión del amor o es la religión de las leyes, de las exigencias, de los ritos externos, del cumplimiento de los preceptos? ¿Con qué fuerza nos imponemos al mundo: con la fuerza del amor y del servicio sencillo y humilde, o con la fuerza de la autoridad arrogante y de los privilegios?

*La palabra “amor” tiene muchos significados hoy en día y puede ser engañoso. Se usa tanto para hablar de algo muy bello como para definir comportamientos egoístas, interesados, sórdidos, que utilizan a los demás, que hacen daño, que limitan horizontes, que roban la libertad, que destruyen la vida de los demás... El amor del que habla Jesús cuando se dirige a los discípulos en aquella cena de despedida es el amor que acoge, que cuida, que presta un servicio sencillo y humilde, que respeta absolutamente la dignidad y la libertad de los demás, que no discrimina ni margina a nadie, que no es indiferente al sufrimiento ajeno, que hace una donación total para que otros tengan más vida, que genera comunión y fraternidad. El episodio del lavatorio de los pies, en la Última Cena de Jesús con sus discípulos, podría ser perfectamente el ícono del amor, tal como Jesús lo entendió y vivió. ¿Es éste el amor que vivimos y presenciamos?

*Para Jesús, es el amor lo que identifica a sus discípulos: “*En esto conocerán todos que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros*”. Nuestras comunidades cristianas deben ser oasis de amor, comunión y fraternidad en medio de un mundo donde la violencia, la agresión, la indiferencia y la arrogancia quieren prevalecer. Amor, servicio, aceptación y misericordia deben ser la marca que nos identifique. ¿Es eso realmente lo que pasa? En nuestro comportamiento y actitudes hacia los demás, ¿descubren los hombres la presencia del amor de Dios en el mundo? ¿Amamos más que los demás y nos interesamos más que ellos por los pobres y los que sufren? ¿Aquellos a quienes la sociedad discrimina y deja abandonados al margen del mundo son acogidos, integrados y defendidos en nuestras comunidades cristianas? ¿Aquellos que son “diferentes” son tratados por nosotros como hermanos cuando se acercan a la comunidad cristiana? Los espacios donde nos reunimos para orar y planificar la vida de nuestras comunidades, ¿son casas de comunión o lugares de intriga y conflicto?